

“Tratar con más humanidad a nuestros hermanos de Cuba que con perfecto derecho propugnan su independencia” El debate en torno a la condición de neutralidad de Chile frente al proceso emancipador antillano, 1895-1896

“To treat our Cuban brothers with more humanity who righteously advocate their independence.” The debate on Chile’s neutrality towards the Antillean emancipation process, 1895-1896

Mario Vega Henríquez*

RESUMEN

El artículo aborda la recepción y expresión de solidaridad que despertó, en diversos sectores de la sociedad chilena, la Segunda Guerra de Independencia de Cuba, especialmente entre las organizaciones populares, así como en la Sociedad Unión Americana. Se analizan las implicancias derivadas de la visita del delegado del Partido Revolucionario Cubano (PRC), Arístides Agüero, cuya misión buscó materializar apoyo financiero, militar y político para los insurgentes, motivando agudas controversias a partir de hechos e incidentes desarrollados entre 1895 y 1896. Por su parte, la política exterior del gobierno de Chile se concentraba en asuntos de límites con sus países vecinos, mientras la representación diplomática y de la colonia española residente asumían una actitud vigilante, con el fin de cautelar su apego a la condición de neutralidad asumida por Chile ante el conflicto antillano. Lo anterior es analizado a partir del examen y contras-

Palabras clave:
Independencia de Cuba, Arístides Agüero, Sociedad Unión Americana, Chile.

* Chileno. Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación; Magister en Historia, Universidad de Chile; Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. E-mail: mariovega@ug.uchile.cl

tación de las versiones expuestas, desde un conjunto de fuentes periódicas de la época.

ABSTRACT

The article discusses the reception and solidarity awakened in Chilean society during Cuba's Second Independence War, especially between the popular organizations and the American Union Society. We analyze most implications derived from Aristides Agüero's visit, delegate of the Cuban Revolutionary Party (PRC), whose mission sought to materialize financial, military, and political support for insurgents, motivating sharp controversies from facts and incidents developed between 1895 and 1896. On the other hand, Chile's foreign policy centered on limits with its neighboring countries. At the same time, the diplomatic representation and the resident Spanish colony assumed a vigilant attitude to safeguard its attachment to the neutrality condition adopted by Chile before the Antillean conflict. Our analysis derives from examining and contrasting exposed versions from periodical sources.

Keywords: Cuban Independence, Aristides Agüero, American Union Society, Chile.

La historiografía ha avanzado gradualmente en establecer ciertos elementos que permiten comprender con mayor nitidez la coyuntura señalada por la fase inicial de la Segunda Guerra de Independencia de Cuba, desarrollada entre 1895-1896, y la relevancia que otorgaron sus líderes a la posición que adoptaron las repúblicas latinoamericanas frente a este conflicto. Desde tales referencias, es posible aproximarnos al significado de las misiones desarrolladas por delegados del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en distintos países de la región, así como la imagen que sobre esta proyectaron sus icónicas figuras militares. Diversos autores coinciden en señalar que el levantamiento revolucionario en Cuba había alcanzado rápidamente su apogeo bajo la conducción militar de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, “logrando consolidar su dominio sobre áreas del Oriente y propagar la insurrección a las provincias del centro de la isla” (Navarro, 1992: 353). Este avance sorteó las grandes dificultades impuestas por las ofensivas lanzadas por parte de las fuerzas coloniales, pero, como acota Aguilar, los líderes insurrectos “reconocían la necesidad de una organización política que pudiera obtener aceptación internacional y ayuda militar” (Aguilar, en Bethell, 1992: 218). El avance logrado en los campos de batalla continuó hasta “enero de 1896 [que] había marcado un punto culminante de la rebelión, por la extensión territorial y la publicidad que había entonces adquirido” (Navarro, 1992: 360). Sin embargo, la verdadera inflexión experimentada por la insurrección fue la muerte del general Maceo, que significó una dura pérdida para el independentismo, como propone Zanetti, “porque era también su figura de mayor relevancia internacional” (2013: 190). La dinámica adquirida por la intensidad del conflicto causó un rápido desgaste, lo que llevó a los insurgentes a ascender nuevos mandos, hecho que “ocasionó un serio debilitamiento político de la dirección de la revolución” (190).

Asumiendo que para los insurgentes la dimensión latinoamericana del proceso emancipador representó un componente clave en su ideario y que los vínculos de solidaridad con las naciones de la región resultaron fundamentales para sostener a su movimiento, las investigaciones desarrolladas hasta ahora nos permiten establecer ciertos planos de coincidencia a este respecto. Uno de ellos es el acuerdo a la idea que los revolucionarios asumieron en los inicios de la Segunda Guerra de Independencia respecto de la necesidad de romper las condiciones de relativo aislamiento, propiciando el involucramiento de los Estados de

la región en este conflicto. En ese sentido, Sergio Guerra Vilaboy señala que “aunque la gesta emancipadora de Cuba siempre contó con un decidido respaldo de los pueblos de este continente, la falta de reconocimiento gubernamental por parte de los países latinoamericanos durante la Guerra de 1895 (...) [facilitó] los planes para intervenir de Estados Unidos” (1993: 79), coincidiendo en su perspectiva con Zanatta, para quien el resultado de la contienda “representó un revés radical para las relaciones internacionales de América Latina” (2012: 90).

Por su parte, la historia de las relaciones entre Chile y Cuba se remonta a la segunda mitad del siglo XIX, identificándose con el espíritu americanista con que intelectuales y políticos ligados al liberalismo orientaron la estrategia exterior de Chile durante la época y que se manifestó, por ejemplo, en la protesta y posterior guerra contra España en 1866, hecho que permitió el establecimiento de vínculos con la nación antillana debido al envío de Benjamín Vicuña Mackenna en calidad de agente confidencial en Nueva York, con la misión de entregar apoyo económico a la incipiente insurgencia independentista que inspiró el poema “Invocación de Chile a Cuba”, obra del destacado letrado Eduardo de la Barra (Armas, 1984). A lo anterior debemos agregar la publicación del periódico *La Voz de América*, cuya misión era difundir las causas de Cuba y de Puerto Rico (López, 2017: 59), financiado por el gobierno de Chile, que, posteriormente, oficializó su reconocimiento de la condición de beligerantes al bando insurgente tras el inicio de la Guerra Grande, entre 1868 y 1878 (Armas, 1984: 150).

Asimismo, los actos públicos celebrados en el país en favor de la causa antillana no estuvieron ausentes. Así, el 23 de agosto de 1874, en el cerro Santa Lucía de Santiago, se dieron cita destacadas personalidades políticas de la época, como el propio Vicuña Mackenna, Guillermo Matta, Aníbal Pinto, Adolfo Ibáñez y Ramón Barros Luco, entre otros, para días más tarde celebrar un gran *meeting* en el Teatro Municipal, replicado posteriormente en Valparaíso, con el objetivo de “popularizar la causa” (Armas, 1984: 151). Se anticipó de este modo la presencia de representantes oficiales del independentismo en Chile, que se materializó ya al año siguiente cuando el agente Enrique Piñeiro se entrevistó con el presidente Federico Errázuriz Zañartu, quien “se abstuvo de realizar siquiera votos por la pronta independencia de Cuba” (Armas, 1984: 152).

Esta trayectoria, que caracterizó la política exterior bajo los gobiernos liberales durante las últimas décadas del siglo XIX, se interrumpió producto de las fuertes tensiones derivadas de la necesidad de abordar un conjunto de litigios de carácter territorial con los países vecinos. Asimismo, entre los gobiernos de América del Sur surgió una actitud de cautela hacia la creciente influencia de aquel país en el Caribe, inspirada en la Doctrina Monroe y en la política del *Big Stick* (Barros, 1989). Este contexto implicó que la política exterior de Chile operara desde un marco de cierta contradicción, por cuanto, por un lado, se desconfiaba de la estrategia de Washington hacia la región, pero, por otro, los gobiernos de Jorge Montt y Federico Errázuriz adoptaron una posición de fría distancia frente a los sucesos de Cuba.

A este respecto es también importante considerar que la existencia de diferendos limítrofes entre distintas repúblicas latinoamericanas permitió a las potencias desplegar sus buenos oficios ante los respectivos gobiernos para actuar como mediadores en tales conflictos, como fue el caso de EE.UU. y de la Corona de España. Esta última fue particularmente activa ante las conmemoraciones del cuarto centenario del “Descubrimiento de América”, en 1892, coyuntura que le permitió propiciar una atmósfera política de “unidad hispanoamericana”, que influyó en la neutralización del discurso americanista y anti imperialista anteriormente sostenido por los gobiernos de la región.

Fue en este complejo contexto regional que ocurrió uno de los hechos que explica el abandono de las posiciones americanistas que caracterizaron la política internacional adoptada hasta ese momento por Chile, cuyo régimen oligárquico se concentró tanto en asignarse cuotas de poder dentro de la administración estatal, así como en la promoción de sus intereses económicos de carácter global, derivados de la incorporación al territorio de la riqueza salitrera. En contrapartida, este hecho significó el fortalecimiento del rol tradicionalmente desempeñado por la Sociedad Unión Americana en favor de la causa cubana, así como la activa adhesión de las organizaciones populares. En tal sentido, esta articulación político-social fue entrando en sintonía con el discurso de José Martí, en el que la simbiosis entre emancipación y reforma social otorgaban un sello revolucionario a este proceso.

En esa línea, las relaciones del pueblo cubano fluyeron por vías alternativas, especialmente debido a las trabas impuestas por el sistema

colonial imperante en la isla. Así, para José M. Pozo, durante el período del despertar independentista “adquieren mucha relevancia las relaciones extra estatales, desde el momento en que importantes sectores políticos del liberalismo y radicalismo chileno, y de asociaciones de militantes latinoamericanistas, entablan una sentida adhesión con los líderes proindependentistas cubanos” (1998: 345). A pesar de ello, esta adhesión también consideró matices y oscilaciones derivadas de la dinámica de carácter interno. Sobre ello, Ramón de Armas señala que “la actitud de los gobiernos de nuestra América, hacia la nueva guerra cubana (...) distaba ya mucho de ser la que buena parte de estos países, Chile entre ellos, habían sostenido en relación con Cuba” (1984: 152), posición que concuerda con la expuesta por Ricardo López, quien señala que fueron más bien “los actores chilenos (...) los que en distintas circunstancias se vincularon con la causa cubana, evidenciando en sus conductas una solidaridad intermitente y en gradual declive” (2015: 55). Dentro de este panorama, Claudio A. Gallegos sostiene que el país experimentó una transformación en relación con la perspectiva americanista para, en “el último tramo del siglo XIX (...) dejar de lado el mentado nacionalismo del que Chile era protagonista” (2018: 37).

Por nuestra parte, hemos sostenido que la acción del independentismo cubano de ejercer sus influencias en Chile, así como en otros países de la región, tuvo un carácter marcadamente estratégico, en el sentido de interpelar al gobierno de Chile para que asumiera una actitud coherente con la trayectoria de solidaridad existente entre ambas naciones. Para tal efecto, la visita de ilustres representantes del bando insurgente permitió el despliegue de un activo y masivo movimiento de adhesión hacia esta causa, que fue impulsado desde las organizaciones populares. Así, se logró abrir un amplio debate que, reflejado a través de la prensa, “buscó inducir a la autoridad a abandonar su actitud de prescindencia, haciendo incómoda la posición de neutralidad que el gobierno de Jorge Montt había definido en relación con el conflicto en la isla caribeña” (Vega, 2021: 48).

De este modo, la necesidad del independentismo antillano de desarrollar una estrategia internacional que le permitiera acceder a su reconocimiento por parte de los gobiernos latinoamericanos estructurando un frente común contra España y la amenazante influencia de los Estados Unidos, y a que logró construir eficaces redes de solidari-

dad y sólidos vínculos con organizaciones sociales y políticas que, a su vez, integraron la demanda anticolonial en su agenda, configura un ejemplo característico de las llamadas “historias conectadas” (Subrahmanyam, 1999), perspectiva que las asume por su carácter de “múltiples, plurales, que están conectadas entre sí y pueden comunicarse unas con otras” (Coelho, 2012: 8), mediante un fenómeno que se intensificó “a partir de la comunicación entre los pueblos, que se acelera con la invención de la imprenta y la fabricación del papel” (Bernard, 2018: 7) y que obliga a los historiadores tener una visión más amplia de la historia, más allá de la nación (Gruzinski, 2010). Asimismo, este planteamiento impugna, dentro del quehacer de la disciplina, la concepción eurocéntrica de la historia. Por ejemplo, a partir del encuentro entre pueblos que construyen y dialogan, en contraposición a los intereses de las élites modernizantes de su época.

Es justamente esa crítica la que nos hace plantear este trabajo a partir de la óptica trazada por la denominada “historia transnacional”, la que “pretende exaltar las interconexiones de la historia de la humanidad pensada sin fronteras. Enfatiza[ndo] en las redes y los procesos, las creencias y las instituciones trascendiendo el espacio nacional” (Coelho, 2018: 11). Ello implica que uno de sus propósitos es indagar en aquello que potencialmente pudiera subvertir el control y el “ordenamiento desafían[do] la soberanía del Estado y la hegemonía de las fronteras e ideologías nacionales” (Peyrou y Martykánová, 2014: 14), centrando su interés en los movimientos y en la circulación de ideas y de grupos humanos entre diversos lugares y regiones.

La misión política y militar del delegado del PRC en Chile

La visita del Agente General del Partido Revolucionario Cubano para Chile y Perú, iniciada en octubre de 1895, obedecía a la necesidad de que el gobierno de Santiago otorgara reconocimiento oficial a la guerra revolucionaria iniciada en el mes de febrero de aquel año. El propio Agüero era plenamente consciente de las dificultades que ello implicaba, dadas las características de la coyuntura política interna y regional existente en aquellos años, no obstante existir entre sus autoridades una tradición y vocación americanistas. De este modo, en carta al presidente Tomás Estrada Palma, el delegado cubano señaló: “Hoy por

hoy nada podemos esperar de Chile, el gobierno actual es dominado por la coalición clerical, enemigos feroces de Cuba y amigos ardientes de España monárquica. Además, tienen miedo de la complicación internacional por la Argentina” (Agüero, citado en Armas, 1984: 153).

La llegada de un nuevo año implicó un cambio dentro del mundo de las organizaciones impulsoras de acciones de solidaridad hacia la causa independentista. Al tradicional rol desempeñado en tal sentido por la Confederación Obrera, se había sumado desde el año anterior, la Sociedad Unión Americana, fundada en 1862, histórica exponente del espíritu de solidaridad hacia Cuba, así como hacia otras naciones del continente que, como México y República Dominicana, fueron víctimas del expolio imperial. Esta última fue la que asumió un creciente protagonismo que se manifestó tanto en la responsabilidad de promover la recaudación de fondos para la insurgencia, así como posteriormente para transformarse en el verdadero núcleo de las redes de apoyo a la causa independentista antillana (López, 2017). De modo alguno este hecho resintió la intensa actividad que se venía desplegando en diversas provincias del país para concitar la adhesión de la ciudadanía. Según informa *La Ley*, periódico del Partido Radical, fundado en 1894, durante el mes de febrero de 1896 Agüero participó de un masivo acto en el mismo teatro en donde se había homenajeado al general Manuel de Quesada en 1874, durante la llamada Guerra de los Diez Años (*La Ley*, 22-II-1896), posteriormente en marzo se hizo presente en el Club Radical de Valparaíso, donde se entrevistó con la directiva provincial (*La Ley*, 4-III-1896) y luego asistió a un concierto para recaudar fondos en la ciudad de Los Andes (*La Ley*, 8-IV-1896), así como visitas a La Serena durante julio, en donde la comunidad local fue especialmente activa en su recibimiento (*La Ley*, 10-VII-1896). Este hecho significó la intervención del vicecónsul de España en aquella ciudad, en protesta por la presencia en las mencionadas actividades proselitistas de funcionarios públicos, actividad que comprometía al gobierno de Chile y que se materializó en la protesta del diplomático ante el intendente de la provincia, según lo informa *El Noticiero Español*, periódico conservador dedicado a la colonia residente, fundado en 1892 por su director don Aristarco Rodríguez Menica (*El Noticiero Español*, 16-VII-1895).

A pesar de ello, uno de los gestos más significativos de solidaridad que recibió el agente general de Cuba durante su extensa visita fue el

generoso interés de numerosos chilenos por participar como combatientes voluntarios en la lucha insurgente, pues, como señala Ricardo López, muchos de ellos habían sido “dados de baja a consecuencia de haber participado del bando del presidente Balmaceda en la Guerra Civil de 1891” (2017: 142). Esto no era una casualidad, puesto que una de las misiones más importantes que desempeñó Agüero en Chile fue la de promover el alistamiento de voluntarios para integrarse al ejército insurrecto. En este sentido, se ha sostenido que, junto a Eugenio María de Hostos, intelectual portorriqueño vecindado en Chile, desarrollaron una activa labor de reclutamiento de soldados de origen chileno (López, 2018: 213), tarea que indudablemente tuvo un carácter selectivo. Tal interés sorprendió a Agüero quien, en los informes emanados de su visita, manifestó que “el entusiasmo por pelear por Cuba es inmenso (...) y que diariamente debo rechazar proposiciones de enganche” (Agüero, citado en Armas, 1984: 163). A pesar de ello, no tuvo un carácter masivo y por eso informaba al presidente Estrada Palma sobre la posibilidad de enviar experimentados marineros, señalando que:

“Tengo dos torpedistas notables aquí, reputados ante la escuadra inglesa como hábiles, valientes y peritos que me suplican le pregunte si sus servicios como marinos pueden ser útiles a Cuba. Uno fue el que voló el Banco Encalada, en Coquimbo, es el Sr. Fuentes, teniente de torpedos y jefe del Lynch: el otro fue el destructor de la torre de proa del Huáscar” (Agüero, citado en Armas, 1984: 163).

El detalle y el entusiasmo de su descripción se explican no solo por la necesidad de contar con un contingente de voluntarios experimentado. Según *El Americano*, periódico publicado por la Sociedad Unión Americana (SUA), fundado en 1895, cuyo editor propietario era don Alberto Guzmán, ello también se explica porque el delegado era un conocedor de este tipo de armamento, pues era un “hábil preparador de explosivos en su condición de ingeniero militar” (*El Americano*, 14-XII-1896). Fue justamente en esta condición que fue requerido por la Junta Central del PRC en Nueva York, dado que el curso de los acontecimientos ocurridos en la isla hacía indispensable su presencia, de acuerdo con lo que informaba este mismo medio de prensa, para incorporarse a las acciones bélicas, según lo notificado por vía telegráfica a don Pedro Pablo Figueroa, destacado escritor y adherente del liberalismo (*El Americano*, 14-XII-1896).

El frustrado acto del Teatro Municipal y la incómoda neutralidad del gobierno de Chile

Grandes eran las expectativas de la Sociedad Unión Americana por el encuentro que tendría lugar la tarde del 22 de diciembre de 1895 en el Teatro Municipal de Santiago, con el objetivo de recaudar fondos en favor de la Cruz Roja Cubana. Se trataba de un acto cuyos fines se declararon como de carácter humanitario, pero que recibía la adhesión de personalidades chilenas de indudable compromiso político con la causa de la independencia antillana. Esta iniciativa contaba con la autorización respectiva, la que había sido solicitada con la debida antelación. Sin embargo, el acto no se pudo realizar, ya que el intendente interino de Santiago, Zañartu Fierro, expidió un decreto vetando su realización. Tal determinación fue motivo de controversia pues, según informa *El Americano*, el alcalde de la ciudad, don José Arce, “llamó al administrador del Teatro, señor Wolmard, y le ordenó que la hora de la función abriera el coliseo y se permitiera su clausura sólo por la fuerza pública” (*El Americano*, 26-XII-1895).

El intento de prohibición fue considerado un agravio y una grave ofensa a los organizadores y al pueblo de Santiago, toda vez que derivaba no solo de una simple disposición administrativa, sino de las fuertes presiones ejercidas por el ministro español en Santiago sobre la autoridad de la provincia, impidiendo así la realización del encuentro. Estas acciones tenían su origen en el malestar que despertaron en la colonia española las noticias de diversas exclamaciones injuriosas contra España en otros actos de este tipo. Con las puertas del coliseo cerradas surgió un gesto espontáneo, como el que describe *El Americano*: “Se improvisó un *meeting* patriótico en el que se pronunciaron enérgicos y elocuentes discursos como protesta del atentado y del ultraje que acababa de hacerse al pueblo de Chile y a la causa cubana” (*El Americano*, 26-XII-1895). Expresando su descontento ante tan desconcertante decisión de la autoridad, parte importante de la masa de cerca de tres mil personas se dirigió a la casa del intendente interino Zañartu Fierro, para luego avanzar hasta la residencia del embajador español López Guijarro, lugar donde se escuchó una detonación que hizo pensar a los manifestantes que la policía abría fuego sobre ellos. Sin embargo, el incidente no pasó a mayores, dirigiéndose el grupo entonces hacia la calle Estado, en las cercanías del Círculo Español, no sin antes aclamar

la figura de la ilustre visita, Arístides Agüero, y a la “Perla Antillana”, según indica *La Ley* (25- XII-1895). Más allá de estas reacciones, se hizo indispensable para los organizadores de esta manifestación convocar a otra nueva que pusiera en evidencia medidas del intendente y expresar al público el rechazo hacia estas, concitando la atención de la ciudadanía. Así fue como, días más tarde, en la Alameda de las Delicias, la Sociedad Unión Americana convocó a un gran *meeting* al pie del monumento a Bernardo O’Higgins, en donde la concurrencia escuchó un encendido discurso de parte de Belisario García, quien pidió a los asistentes volver a reunirse el miércoles siguiente (*El Americano*, 26-XII-1895). Todos estos incidentes alcanzaron tal magnitud que no quedaron ausentes de la cobertura de los medios de prensa de la época, la que redundó en detalles y versiones, profundizándose la controversia pública y la manifestación de diversas opiniones sobre el tema, lo que, desde luego, representó un mérito para el independentismo.

El más enérgico en su reacción fue, como era de esperar, *El Americano* que, en su página editorial de aquella semana, dedicó un espacio para reflexionar sobre tales acontecimientos que habían vulnerado elementos básicos de la convivencia política, como el derecho de reunión; por sobre todo, planteó que era directo resultado de una presión ejercida sobre el gobierno de Chile por la representación diplomática hispana. Sin ningún tapujo señaló que: “Ha bastado en esto un reclamo de injustificada pretensión del ministro de España para que el intendente de Santiago, con sumisión y servilismo esclavo, haya doblado su cuello ante las horcas de un servilismo abyecto y oprobioso” (*El Americano*, 26-XII-1895).

El complejo panorama internacional hacía imaginable una enérgica reacción de parte de los diplomáticos españoles acreditados en Chile, hecho que, por lo demás, no constituía novedad, habiéndose hecho presentes desde la llegada de Arístides Agüero al país. No obstante, resulta llamativo el hecho de que el gobierno de un Estado soberano tuviera una actitud complaciente hacia tales presiones, actitud que hace relativa la posición de neutralidad que este había adoptado en relación con el proceso independentista cubano y que, a su vez, describe la incomodidad de sus autoridades ante la presencia del delegado del PRC. Es por ello que las organizaciones que solidarizaban con la causa de la Antilla centraron sus ataques en la autoridad que debió ejecutar la

decisión de un gobierno pusilánime: “protestamos del insulto que ha lanzado a la faz de Chile y a su cultura y sentimientos patrióticos, el intendente Zañartu” (*La Ley*, 22-XII-1895).

Sin duda, por las expresiones vertidas en las páginas de *El Americano*, representaron un momento de profunda ofuscación para las organizaciones sociales y políticas que solidarizaban con la visita de Aristides Agüero, pues rompía con la, ya por esos años, extensa tradición de asilo contra la opresión, que había permitido el refugio de intelectuales y políticos perseguidos en sus países de origen, y que permitió nutrir al país con su aporte en su desarrollo cultural y educativo. Precisamente, ese era un momento en que se revertía esa noble práctica por parte de un gobierno carente de autoridad y medroso, preocupado de resguardar conveniencias circunstanciales más que compromisos de fondo. En tal sentido, la visita del delegado cubano permitió tensionar el discurso de neutralidad, haciéndose evidente la contradicción entre importantes sectores de la ciudadanía que adherían a los principios del movimiento emancipador que lideraba el PRC, *versus* un gobierno que descansaba en una acomodaticia condición de neutralidad.

El registro de las reacciones suscitadas a partir de este incidente señala el hondo pesar y malestar manifestado por el periódico radical *La Ley*, que se encontraba contrariado, pues la autoridad municipal era miembro de las filas radicales, hecho que reconoce con hidalguía, pero que, de igual manera, compromete su rechazo a la actitud tomada por este frente a la manifestación al decir: “la clausura del Teatro (...) es una provocación que no se comprende de un hombre que sospeche siquiera los deberes que impone el cargo de primer gobernante de una ciudad culta” (*La Ley*, 22-XII-1895). En ese sentido, sin soslayar la responsabilidad del funcionario mencionado, comprende que su decisión obedece a una decisión emanada desde el Ministerio del Interior, que lo transformó en un simple instrumento. Es por ello que este medio anunciaba que será el propio ministro el llamado a dar las explicaciones del caso ante la Cámara de Diputados, en lo que pareció ser la notificación de una próxima interpelación. Para *La Ley*, el incidente del Teatro Municipal habría sido el resultado de un complot orquestado desde La Moneda, planteando “que debe ser desenmascarado” y advirtiendo que, si ello fuese cierto, este acto sería “todavía más grave y criminal” (*La Ley*, 22-XII-1895). En ese plano coincide en la ne-

cesidad de aclarar la responsabilidad que en toda esta operación tuvo el ministro español López Guijarro, quien “desde hacía tiempo (...) se movía en silencio para con el objeto de conseguir que el Gobierno hiciera suspender el Concierto” (*La Ley*, 26-XII-1895).

Sin embargo, para *La Ley* este asunto no se agotó y fue por ello que días más tarde señaló que “El Presidente Montt apoya el veto del Intendente” (*La Ley*, 26-XII-1895). Esta conclusión fue atribuida a Bascur Rubio, joven líder de la Sociedad Unión Americana, quien realizó esta afirmación luego de la entrevista que el mandatario le concedió a la mencionada agrupación. De este modo se fueron confirmando las presunciones no explicitadas existentes entre los adherentes de la causa independentista cubana, respecto de que “toda gestión para conceder el Teatro Municipal (...) sería inútil, pues la nación española considera tal concesión como una verdadera ofensa, (...) además que dicho recinto era de propiedad fiscal lo cual hacía todavía más imposible la concesión” (*La Ley*, 26-XII-1895).

Luego de todas las repercusiones del fallido acto del Teatro Municipal, el periódico *La Ley* recibió un público homenaje de parte de las organizaciones convocantes, las que agradecieron su constante y valerosa adhesión hacia la causa del independentismo antillano. Este reconocimiento se efectuó en un gran *meeting* celebrado el día 25 de diciembre de 1895, en el que se señaló que se hacía indispensable “dar un voto de aplauso al diario *La Ley* (...) por su entusiasmo decidido en bien de la causa de Cuba y solicitar de los directores de los demás diarios liberales y radicales del país que amparen los propósitos que animan al pueblo de Santiago y que han expresado estas conclusiones” (*La Ley*, 27-XII-1895).

El Noticiero Español, por su parte, fue breve en su apreciación del tema, pero pretendió ser más contundente en la argumentación expuesta como una forma de darlo por superado. Aun así, su tradicional forma de referirse a los insurgentes y a los adherentes de la Sociedad Unión Americana como “filibusteros”, aun cuando sus representantes fuesen personalidades públicas y respetables, parece ser más bien una forma de mantener la opinión que sus lectores habían tenido durante meses por ese medio. Buscando ir a la raíz del problema que, en su opinión, fue el resultado de un conjunto de deformaciones que han inducido a un pueblo “noble y compasivo” a identificarse con la causa de

los insurgentes, producto de informaciones parciales y un constante relato de experiencias en las que estos son víctimas de compasión, para esconder sus tropelías y desmanes, situación que se evidencia desde la llegada de Aristides Agüero (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895).

Una perspectiva contradictoria fue la que frente a tales hechos tuvo el ministro de España, quien “ha correctamente defendido los intereses de su país frente a una nación amiga que es neutral en este conflicto” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895). Coincidiendo con lo que sus oponentes señalaban, al identificarlo desde el primer momento como el principal agente en la conspiración existente en Chile en contra del independentismo cubano, el diplomático comprendía que la cita mencionada en el coliseo santiaguino, convocada con motivo de rendir homenaje a la labor desempeñada en la contienda por la Cruz Roja de Cuba, serviría para: “hablar de la tiranía contra España y una alegoría final en la que se supone saldría la esclava con todo el acompañamiento requerido” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895). Esta posibilidad debía ser evitada y, por ello, intensificó sus gestiones ante el gobierno de Chile con el fin de impedir, a toda costa, su materialización. Este hecho fue reconocido por la prensa de la colonia hispana, valorando la diligencia del ministro López Guijarro quien, con sigilo, hizo valer sus influencias, ejerciendo presión para impedir que se autorizara el uso del Teatro Municipal. De igual manera, lo exonera de toda conducta que pudiera haber sido catalogada como “ilegítima”, al señalar que “se ha conducido también con la más exquisita corrección, reclamando sí con entereza de aquello que consideraba atentatorio a la neutralidad debida a una nación amiga, pero respetando asimismo las libertades que las leyes del país consagran” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895).

Para corroborar sus aseveraciones, este periódico criticó la actuación del alcalde de Santiago, José Arce, a quien identifica como un liberal-balmacedista vinculado políticamente, por lo tanto, con los organizadores del acto, identificándose así como un personaje clave en este lamentablemente incidente, pues, con anticipación, dio plena seguridad, tanto al ministro español como al intendente de Santiago, de que no se realizaría, “no obstante haberle señalado fehacientemente a la Sociedad Unión Americana que contaban con su consentimiento para realizarlo” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895). De ser cierta dicha versión de los acontecimientos, el alcalde Arce se hubiese mostrado

como un hábil operador, toda vez que, consecuente en su adhesión a la causa cubana, no aceptó públicamente las órdenes de la Intendencia, haciendo con ello estallar un conflicto del que, para el mayoritario juicio de la prensa, el responsable sería Zañartu Fierro, transformado ante la opinión pública en un simple instrumento de la prensa española.

El objetivo de la colonia española fue, por lo tanto, obtener un triunfo de una derrota, actuando a través de un juego de representaciones. Fue por ello que, para *El Noticiero Español*, una vez cerrado el Teatro, “los filibusteros se sacaron la máscara e hicieron notar sus verdaderas intenciones para el acto que eran, precisamente las que más tarde se presenciaron; lanzar vivas a Cuba y a su libertad y diatribas contra España y su gente” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895).

La prensa de la colonia hispana igualmente pretendió, a través de las múltiples notas en las que abordó el tema, desenmascarar aquello que consideraba como las verdaderas intenciones de los organizadores del acto, contrastándolas con los argumentos que estos esgrimieron para celebrarlo. El primero de ellos fue precisar el particular interés de estos en utilizar un recinto público de dependencia municipal y a cuyas actividades culturales concurría habitualmente la más distinguida elite santiaguina, involucrando de manera directa al gobierno de Chile en una actividad de solidaridad hacia el independentismo que, dada la condición de neutralidad asumida por este en el mencionado conflicto, daría lugar a un complejo incidente diplomático ya que, de forma evidente, se asumiría que “la manifestación era un acto casi oficial y que contaba con las simpatías de la elite local” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1895).

Las diversas fuentes consultadas, representativas de ambas posiciones, expusieron con gran agudeza interpretativa su habilidad para identificar responsables y deducir consecuencias políticas. Si bien otros medios de prensa, menos involucrados en esta contienda, solo relataron acontecimientos desencadenados por el cierre del Teatro Municipal, la prensa de los bandos en disputa asumió de manera pública sus compromisos y realizó conjeturas y asociaciones de hechos. Tales acciones se realizaron de modo tal de poder sostener sus propias interpretaciones de los hechos, con el fin de exigir responsabilidades a la autoridad política, la que, por su parte, se mostró ausente, prescin-

diendo de la posibilidad de manifestar su opinión respecto de lo sucedido, probablemente como el modo de señalar este incidente como un asunto de trascendencia menor. Sin embargo, la estrategia desarrollada por ambos grupos de opinión fue hábil respecto del estrechamiento del cerco tendido en torno del gobierno, dejándole un limitado margen de maniobra y aprovechando entonces cualquier desliz en la conducta de este en favor de uno u otro bando.

Este incidente mostró, asimismo, la magnitud del desafío asumido por las organizaciones que solidarizaban con la causa de Cuba para acrecentar la adhesión hacia esta, especialmente entre los sectores de mayor influencia política. Si bien estos últimos habían ganado el sincero apoyo de jóvenes, obreros, de algunos partidos y de un sector de la prensa, debían reconocer que su contraparte, la comunidad española, desarrolló una estrategia más efectiva, que incluso logró cooptar al gobierno chileno de la época mediante la exigencia de un celoso formalismo legal, cuyo objetivo político prioritario radicó en buscar la mantención de una estricta posición de neutralidad. Al mismo tiempo, intentó que su posición adquiriera una mayor legitimidad ante la opinión pública nacional, comprendiendo que ello era una tarea difícil por cuanto, culturalmente, el aprecio por la libertad era ampliamente acogido en la sociedad chilena de la época.

La muerte del Titán de Bronce y el debate en torno a una “guerra racial” en Cuba

El influjo de idealismo que la llamada “Segunda Guerra de Independencia de Cuba” proyectó sobre Chile estuvo fuertemente motivada por la imagen de heroísmo asumida por sus principales líderes, contribuyendo a convocar cada día un mayor número de adeptos para su causa. El ascendiente adquirido en el ámbito cultural por el letrado decimonónico José Martí, incansable luchador por la libertad de su patria, sobre importantes sectores de la intelectualidad latinoamericana y chilena, constituía un significativo capital. La perfección de su estilo literario y el exquisito uso de la lengua castellana con la que expresaba sus ideas sobre Cuba y el continente le significaron en nuestro país la posibilidad de encontrar no solo admiradores, sino también comprensión para su programa político para las Antillas. Su talento y compromiso le trajeron incluso la valoración de la prensa de colonia española

en Chile, luego de conocerse las informaciones acerca de su muerte en combate a inicios de la contienda (*El Noticiero Español*, 28-V-1895).

Otras personalidades ligadas a esta causa adquirieron posteriormente reconocimiento social en Chile, en la medida en que desplegaron su acción insurgente combatiendo en la *manigua* en favor de libertad de Cuba; además, por su heroísmo y sus acciones, se convirtieron rápidamente en una leyenda, gracias a las redes de solidaridad construidas por el PRC en América Latina. Nos referimos en particular a figuras como Máximo Gómez y Antonio Maceo, conocido como “El León de la Manigua,” quien falleció en medio de una batalla librada en el occidente de la isla, desapareciendo con ello el líder más popular, el “Titán de Bronce”, idealizado en su condición de patriota y de mulato. Este hecho provocó una profunda huella en el sector de la prensa chilena que tradicionalmente expresaba su adhesión al movimiento emancipador antillano. De este modo, Maceo, uno de los íconos de la insurrección, se asoció al carácter épico de esta lucha, pero, al mismo tiempo, su muerte se relacionó con el proceso de gradual declinación de las fuerzas libres de Cuba en los campos de batalla.

El Americano fue naturalmente el periódico en cuyas páginas se expuso un claro sentimiento de abatimiento con la noticia llegada desde el Caribe. Para este medio, el infausto hecho no constituyó lamentablemente una novedad, pues el propio Martí había perecido en la fase inicial de la insurrección en un hecho que se consideró comprensible, al exponerse con valentía al acoso militar de las fuerzas coloniales hispanas. Aunque su primera impresión fue de desconfianza hacia la verosimilitud de la información, dado que en oportunidades anteriores se habían notificado intencionadamente hechos de esta naturaleza, *El Americano* consideró que su inmolación en medio del combate habría representado un fracaso, pero se preguntó “¿qué gran empresa no tiene grandes fracasos?” (*El Americano*, 26-XII-1896). Mostrando el heroísmo del pueblo cubano señaló asimismo que, a pesar de todos estos avatares, se mantiene la lucha, aún se resiste al invasor y, sorprendentemente, aún se triunfa. Este relato no puede sino conmover e insuflar energía al amplio movimiento social que solidarizó con esta causa, pero, a la vez, buscaba entregar consuelo a sus comprometidos lectores, pues no fue la primera vez en que algún héroe había muerto por Cuba. Muchos otros lo habían hecho anónimamente y quizás cuán-

tos tendrían que perecer en el futuro, hecho que describe la gravedad adquirida por el enfrentamiento en la isla, preguntándose la editorial del periódico: “¿No está nadando en sangre noble la ardiente manigua desde que comenzó la lucha?” (*El Americano*, 24-XII-1896). Pero también creía que había llegado el momento de que otros asumieran el puesto del héroe y afirmaba: “Donde hay un Maceo, puede haber otro” (*El Americano*, 26-XII-1896), en una clara alusión a Máximo Gómez, en una acción que, para *El Americano*, podría estar sucediendo en ese instante que “en medio de la lucha (...) un anciano venerable grita: ¡Adelante! ese es Gómez la figura militar más notable de nuestro siglo, la esperanza de las huestes cubanas que lloran a Martí” (*El Americano*, 14-XII-1896). En la visión de este medio, no solamente había muerto un destacado jefe militar, sino que, más que eso, un líder que, así como era capaz de comandar a sus tropas, podía ser admirado por el pueblo al que representaba, a pesar de su heterogénea composición étnica, pues, por su origen mulato, se lo vinculaba con claridad con los sectores populares de la sociedad colonial.

Fueron estos dolorosos hechos de la guerra los que, precisamente, concitaron una mayor comprensión y adhesión entre sus adherentes chilenos, quienes, a la distancia, lo identificaron como a un verdadero caudillo. Para *El Americano*, no obstante, la muerte de Maceo era un hecho que, al margen de su heroísmo, describía la inhumanidad con que la que actuaban las tropas hispanas, ya que el “Titán de Bronce” había sido asesinado en “ruines circunstancias” (*El Americano*, 14-XII-1897), signo del carácter bárbaro y desesperado de sus enemigos incapaces de hacerse de la victoria en buena lid. Sus palabras parecen una elegía de denuncia del oprobioso acto de los invasores: “El caudillo de las legiones invencibles, que se multiplicaba a su poderoso aliento, bajo el entusiasmo de su prestigio, ha sido victimado en vil celada a traición hiriéndolo por la espalda” (*El Americano*, 04-I-1897).

En la versión de este diario, la tozudez de la acción de España, al haber enviado cientos de miles de soldados para aplastar una revolución que dignamente se mantenía en pie, no solo acrecentó el valor de los cubanos. Por el contrario, la barbarie y la sinrazón que movía a los peninsulares no sólo enlodaba cualquier simpatía que pudiera tener su causa, sino que, cada vez más, convencía a los cubanos y al conjunto

de los pueblos de América de la justicia de la suya propia. En tal sentido, la muerte de Antonio Maceo dotó a la revolución de un héroe no solo para el bronce, sino para los corazones de todo un pueblo. Esto era precisamente el elemento que faltaba para acrecentar la mística de los rebeldes. De algún modo, aquello que Martí desarrolló en el campo de las ideas, Maceo lo materializó al inmolarse en el campo de batalla (*El Americano*, 04-I-1896).

El Americano manifestó estos planteamientos mediante el enérgico tono con el que se refirió a la tragedia que este hecho significó para el bando independentista, especialmente a través de sus editoriales, logrando concitar una gran adhesión, representada mediante las múltiples contribuciones que recibió desde diversos lugares del país y en cuyos párrafos se glorificaba la imagen heroica de Maceo. El periódico *La Ley*, por su parte, se refirió al hecho en una perspectiva más amplia y en un tono menos elegíaco. Su redacción, que adhirió desde el primer momento a la causa antillana, expresó públicamente sus sentimientos de congoja. Es necesario mencionar que durante 1895 se observó un resurgimiento de las disputas limítrofes con Argentina y de los discursos beligerantes que retornaron a la portada de los diarios. Sin embargo, ello no significó que el medio haya dejado de lado la contingencia interna y, dentro de ella, al activo movimiento de solidaridad con Cuba, anunciado en sus páginas la muerte del héroe y dedicándole un importante homenaje que incluyó distintas referencias sobre su persona, así como una extensa nota biográfica, coronadas por su imagen (*La Ley*, 22-XII-1896).

La Ley ante todo deseaba exaltar la imagen del guerrero, mártir de las luchas antillanas, y hacerse parte del gran homenaje con el que, desde todo el continente, se rendía tributo a quién había podido “simbolizar (...) el sacrificio por la patria” (*La Ley*, 22-XII-1896). Su reflexión va encaminada con calma a reconocer su figura: “Por eso la glorificación de este héroe debe ser obligación imprescindible de todo corazón humano. Es fácil hacer abstracción de toda nacionalidad al evocar la figura del capitán Maceo para transformarla en símbolo de heroísmo por la patria y del amor a la libertad” (*La Ley*, 22-XII-1896). Con calmada expresión, este medio asumió su deceso, más allá del hecho noticioso, como un sentido homenaje a un ícono revolucionario que acababa de nacer, trascendiendo los límites de la insurrección cubana

para inscribirlo entre los grandes líderes universales. Junto con ello, *La Ley* difundió distintas convocatorias que llamaban al pueblo de Santiago a asistir a diversos actos públicos que se realizarían en memoria de Maceo.

Es importante indicar que para ninguno de los periódicos analizados su condición de mulato, si bien era mencionada, no era un asunto particularmente relevado. En contrapartida, el embajador de España, López Guijarro, al ser consultado en relación a este hecho, señaló: “Creo que Maceo es indiscutiblemente el líder de la gente negra de la insurrección, que forman dos tercios de ella y esta trascendencia salta a la vista” (*La Ley*, 22-XII-1896). Este hecho fue parte de la estrategia que buscó estigmatizar a la insurgencia antillana, planteándola como una rebelión liderada por los afrocubanos, haciendo alusión a procesos experimentados en otra época, como el de Haití, y no como un proceso anticolonial que confrontaba a una nación en contra de un imperio, y buscando deslegitimar esta causa, especialmente ante la mirada de las elites latinoamericanas de la época, las cuales, en muchos casos, presumían de su origen hispano.

Esta repuesta no fue comentada por el diario sino simplemente expuesta, por cuanto era suficientemente elocuente pues, el diplomático hispano, a través de sus palabras, desmereció la figura del desaparecido capitán para atribuirle una condición de liderazgo a partir de criterios racializados, de tal manera de tender así una brecha entre sus adherentes locales. A pesar de ello, este discurso contrastó con el entusiasmo con que los santiaguinos reconocieron a través de una manifestación pública la figura heroica de Maceo. En ella se destacó su gran convocatoria, la que superó las expectativas de los organizadores, pues “las avenidas laterales, igualmente, estalla[ba]n ocupadas por un gran número de espectadores y de carruajes particulares con elegantes señoras y señoritas” (*La Ley*, 22-XII-1896).

Las expresiones vertidas por López Guijarro, antes señaladas, fluían dentro del debate sostenido dentro de las esferas de poder institucional, buscando impedir que el gobierno de Chile reconociera la condición de beligerantes a los insurgentes cubanos, hecho que, de concretarse, hubiera puesto en incómoda posición a un gobierno como el del almirante Jorge Montt, encarnación del triunfo oligárquico en el Chile de fines del siglo XIX. En paralelo, la creciente influencia de

las organizaciones populares logró trascender en aquel momento el tradicional círculo de solidaridad que habían creado obreros y estudiantes en favor de la causa cubana, pues, ahora, actos como ese concitaban la participación de un universo social más amplio. La marcha de los acontecimientos hizo que en Chile importantes sectores sociales comprendieran el significado de la tarea emprendida por la Sociedad Unión Americana y el trabajo que esta realizaba como contraparte del de los delegados que el PRC envió a distintas regiones del continente. De este modo, la presencia de representantes de la insurgencia, como Arístides Agüero en Chile, fue ampliando progresivamente el círculo de fraternidad que tempranamente se construyó por parte de las organizaciones del mundo popular. Por cierto, a ello contribuyó de manera significativa el acceso y la difusión de informaciones venidas desde la isla que describían la extensión e intensidad adquirida por el conflicto, el vívido testimonio entregado por sus emisarios y la vasta labor de las organizaciones sociales promotoras de acciones de solidaridad, que desarrollaron una efectiva labor de difusión acerca del profundo contenido americanista de esta lucha.

En la vereda opuesta, la percepción de los hechos registrada en las páginas de *El Noticiero Español* era naturalmente distinta, pretendiendo desmitificar la imagen elaborada por los insurrectos sobre Antonio Maceo en tanto ícono revolucionario que concitaba el reconocimiento popular por encarnar la combinación de valentía y astucia que caracterizaba su actuar en contra de las tropas coloniales españolas. No obstante, este periódico construyó una hábil maniobra discursiva, que intentó establecer un nexo con el sentido americanista y anti imperialista existente en los círculos políticos e intelectuales de la época en la región, identificando en la insurrección la influencia de grupos de “filibusteros” de Florida, que pretendían sembrar la muerte y el odio enriqueciéndose. Dicho vínculo pretendía hacer creer que sus acciones eran funcionales al interés de los Estados Unidos y no de los verdaderos ideales del pueblo cubano, que el gobierno español decía proteger. En ese sentido, se trataba de una pugna entre dos mundos culturales antagónicos.

Paralelamente, *El Noticiero Español* estableció, a modo de hipótesis explicativa para la Guerra de Cuba, la idea de un levantamiento impulsado, entre otras causas, por el odio racial, particularmente por

sectores de la población afrodescendiente en contra de la población blanca, dejando de lado la responsabilidad de los colonizadores en el establecimiento de las mismas jerarquías racializadas. Contradictoriamente, este medio sostuvo que solo la autoridad española en la isla sería capaz de mantener, por la vía de la fuerza, un equilibrio pacífico que posibilitaría la convivencia de las diferentes “razas” que habitaban la isla, porque, a su juicio, Cuba independiente no sería sino el foco de una nueva insurrección negra en el Caribe, que tendría como objetivo la destrucción de toda la herencia cultural blanca y, desde luego, del componente mestizo y oriental que había en la isla. Ello sugiere la idea de atribuir características físicas y psicológicas determinadas a cada fenotipo humano, para establecer jerarquías que encierran no solo un afán taxonómico, sino, más allá de esta, un patrón de dominio que asigna funcionalidades concretas en las sociedades en las que se introducen prácticas de “racialización” de la población (Appelbaum, 2003).

De ahí que la idea que se pretendía proyectar sobre los lectores era que la insurrección no estaba guiada por esos “nobles ideales” de emancipación y libertad, sino que, por el contrario, era un levantamiento vengativo que buscaba revertir el orden social en la isla. Es esta concepción la que nos permite reparar en la distinción realizada en la época por este medio de prensa, en relación con el tratamiento otorgado hacia hechos como la muerte de José Martí, quien fue considerado como un idealista o un ingenuo, respecto del deceso de Antonio Maceo, a quien se caracterizó como guiado por el objetivo de alcanzar el poder junto con su morena hueste, para luego de terminada la revolución repartir el poder entre los suyos. A fin de validar estas opiniones, se mencionó que:

“En esta revuelta, los negros serían los que, no por la razón sino por la fuerza, se harían dueños absolutos; y una prueba palpable, que según publican los diarios separatistas y según manifiesta un defensor de que ellos que firma o se titula ‘Un cubano’ los revolucionarios ganaron una batalla los españoles (...) y después del triunfo el jefe advirtió que entre ellos había un blanco e inmediatamente lo separaron” (*El Noticiero Español*, 04-V-1896).

Para *El Noticiero Español*, Maceo se escondía en la manigua y su presencia sólo llevó desastres a la isla. Él era precisamente quien li-

deraba esta revuelta de reivindicaciones raciales más que nacionales. A través de ese discurso pretende recrear la imagen de temor y desesperación que las insurrecciones de los afrodescendientes generaron en Haití y Santo Domingo, y que, en Chile, a un público lector más conservador, le parecía una posibilidad totalmente deleznable cualquier levantamiento de ese tipo movido por tales intenciones. Antonio Maceo pudo ser visto como un caribeño Espartaco, un redentor de negros y mulatos que no tiene otra tarea que destruir la herencia cultural y espiritual de España en la región y, tal vez por la imagen que proyecta su ejemplo, logró gran identificación con el mundo popular chileno.

La muerte del héroe fue entonces un motivo de satisfacción para ese periódico pues, con su desaparición, la guerra de Cuba “entra en la fase final de su larga agonía” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1896), porque los rebeldes, carentes de un líder, caerían presa de la dispersión de sus fuerzas y de su propio desencanto. Todavía más, la prensa de la colonia, en un tono abiertamente beligerante, presentó en sus crónicas una retórica abiertamente ofensiva hacia el líder de los mambises, a través de expresiones como la siguiente:

“Esclavo hasta ayer has sido que el mambí te esclavizó, España te liberó y no le has agradecido, pues con tal vil proceder tu ruina precipitas (...)/ He nacido americano me dirás, y no comprendes infeliz que tú descendes de origen chino africano” (*El Noticiero Español*, 26-XII-1896).

Denostar la imagen de Antonio Maceo constituía un acto de venganza en contra del enemigo, pero, desde Chile, este acto era magnificado como parte de una eficaz política destinada a estigmatizar a la Cuba insurgente, haciendo inviable la posibilidad de una definición más tajante de parte de Chile, cuyos gobiernos habían manifestado anteriormente un profundo compromiso americanista, para que abandonase una condición de neutralidad que resultaba crecientemente incómoda, tendiendo a su vez una profunda brecha con un movimiento social de solidaridad, vigoroso y activo, que se presentó con un programa sostenido desde ideales de libertad y emancipación humana, para solidarizar con quienes, en la distancia, combatían en la adversidad a las poderosas fuerzas de la tradición, haciendo a su lucha particularmente emblemática.

El homenaje a Antonio Maceo organizado por la Sociedad Unión Americana en Santiago

La desaparición de este destacado militar cubano fue lamentada por los adherentes chilenos del independentismo cubano, haciéndose merecedor de un masivo acto de reconocimiento que, además, fue una demostración de la amplia convocatoria que su causa tenía en Chile. Para tal efecto, en su edición del domingo 20 de diciembre *La Ley* informaba que, a partir de las cuatro de la tarde, la Sociedad Unión Americana había convocado a una gran procesión para rendir homenaje a Antonio Maceo, la que tendría como punto de partida el monumento de los periodistas de la Independencia en la Alameda de las Delicias (*La Ley*, 20-XII-1896). Entre los oradores estarían Pedro Pablo Figueroa, Luis Navarrete López, Luis Bañados Espinoza, Leoncio Rodríguez, Félix Rocuant y, finalmente, el doctor Francisco Puelma Tupper, presidente de la SUA. Por su parte, el diario encarecía la asistencia de la militancia radical correspondiente a la décima comuna de Santiago para realzar esta romería cívica (*La Ley*, 20-XII-1896). El acto tuvo una nutrida concurrencia y su extensión alcanzó más de tres cuadras. Junto al directorio de la organización convocante, marcharon las “diversas sociedades de obreros que con anticipación había comprometido su concurso, llevando cada de ellas una banderas chilenas y cubanas y hermosos estandartes adornados con flores y ramajes” (*La Ley*, 22-XII-1896). No obstante, el objetivo político de esta importante movilización ciudadana era el de ejercer presión sobre el ejecutivo con el fin de que este modificara la posición sostenida hasta ese momento frente al conflicto antillano, y el procedimiento elegido fue establecer un conjunto de acuerdos de parte de la asamblea ahí reunida. Según informa *La Ley*, “el pueblo de la capital (...) indignado por la guerra que España sostiene inútil, cruel e injustamente contra Cuba, acuerda solicitar al soberano Congreso, por intermedio de los diputados de Santiago, el reconocimiento de la beligerancia de esa República” (*La Ley*, 22-XII-1896). Esta demanda se relacionó directamente con las informaciones recibidas desde la isla acerca de la crueldad que había alcanzado el conflicto y los tratos degradantes recibidos por la población de la isla, requiriendo que “S. M. Católica tenga a bien tratar con más humanidad a nuestros hermanos de Cuba que con perfecto derecho propugnan su independencia” (*La Ley*, 22-XII-1896). Tales llamados no fueron acogidos por la autoridad de la época. Por aquellos años se iniciaba el

gobierno de Federico Errázuriz Echaurren, quien era apoyado por una coalición liberal-conservadora y que, entre sus preocupaciones primordiales, no tenía precisamente el conflicto en las Antillas, sino una mucho más inmediata como era la situación de límites con Perú, Bolivia y Argentina. Por otra parte, en una demostración de la importancia que había adquirido la posición de las repúblicas latinoamericanas sobre Cuba, el presidente Errázuriz, en abril de 1897, fue condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica en una ceremonia celebrada en el Palacio de la Moneda.

El acto de homenaje a Antonio Maceo, considerado de un carácter patriótico, festivo y digno del pueblo de la capital, se desarrolló con total normalidad. A pesar de ello, la prensa de la época mencionó su existencia “sin que alcanzaran a rebajar su importancia ni a turbar su compostura las exageradas provocaciones de algunos españoles imprudentes” (*La Ley*, 22-XII-1896). Para el radicalismo, su adhesión a la causa independentista adquirió un carácter primordial. Ello se manifestó a través de diversos gestos, como, por ejemplo, informar de la realización del acto en la portada de *La Ley*, como, asimismo, incrementar el tiraje del periódico tras el acto en más de dos mil ejemplares, con el propósito de lograr amplia difusión de lo ocurrido. Es claro que, en su condición de opositor, el Partido Radical promovió, a partir de su compromiso con el movimiento independentista, el levantamiento de un flanco de crítica hacia la coalición gobernante en el ámbito de las relaciones exteriores, un punto especialmente sensible en su gestión.

Reflexiones finales

A partir del examen de las fuentes periódicas consideradas, hemos podido constatar la existencia de un creciente proceso de polarización entre ambos grupos de opinión, configurado desde el inicio de una nueva fase del proceso independentista cubano, que buscaron influir directamente sobre la opinión pública a partir de los discursos que levantaban acerca de los hechos de la guerra. En contrapartida, otros medios de prensa, como *El Ferrocarril* y el *Mercurio de Valparaíso*, si bien abordaron esta temática desde una perspectiva amplia, otorgaron una mínima cobertura a su impacto local, prescindiendo de asumir una posición explícita al respecto, haciéndose, por lo tanto, eco de la condición de neutralidad asumida por los gobiernos de la época.

El debate desarrollado en este periodo, particularmente frente a los hechos que nos interesan, permite establecer que en torno de la idea de “civilización” se constituyó un espacio de disputa entre ambos bandos, aspirando cada uno de ellos a ser la encarnación de sus principios, tanto desde una matriz de pensamiento conservador-católico, como desde otra liberal-racionalista, insertándose de este modo en las grandes discusiones intelectuales que caracterizaron al siglo XIX en América Latina. En esa línea, la necesidad de ejercer presión sobre los espacios de decisión política en Chile demostró el activo liderazgo ejercido por la Sociedad Unión Americana en la tarea de insertarse en el debate político de la época, acrisolando, a través de la publicación de *El Americano*, la demanda por la liberación de Cuba sostenida asimismo por un amplio conjunto de organizaciones populares.

Por su parte, *La Ley*, órgano del Partido Radical, se situó en coordenadas de otra naturaleza. Su línea editorial se dirigía hacia la contingencia política y, desde ese marco, entregó cobertura al movimiento de adhesión, hasta transformarse en una de las principales tribunas de independentismo antillano, representando así fielmente la espiral de solidaridad desarrollada en Chile a partir de 1895. En tal sentido, *La Ley* demostró habilidad para insertar la temática de Cuba en otras esferas de la discusión política, mediante controversias públicas como la generada por los incidentes del Teatro Municipal de Santiago en diciembre de 1895. En sus páginas es posible acceder a un discurso que argumentaba a partir del ideario americanista y republicano, construido desde el legado de los grandes letrados decimonónicos, y de principios de carácter universal que situaban al movimiento independentista en un plano que iba más allá de la contingencia. En ellas se observa cómo la militancia radical se sumaba al amplio movimiento que lideraron las convocantes.

Distinto fue el caso de *El Noticiero Español*, un semanario que asumió una postura reactiva frente a los sucesos de la guerra y que, desde sus inicios, tuvo una posición clara frente a la insurrección, pretendiendo cohesionar tras ella al conjunto de la colonia hispana. Asimismo, su discurso buscó influir sobre sectores de la opinión pública, particularmente sobre el gobierno del presidente Jorge Montt. Además, su objetivo primordial era la mantención de la condición de neutralidad de Chile frente a la contienda, una tarea en la que, sin

duda, tuvo éxito. Como pudimos analizar de manera recurrente, su discurso buscó desacreditar a los insurgentes, asignándole al levantamiento un carácter de “guerra racial” y dando lugar a una confrontación entre civilización y barbarie. De igual manera, la redacción de este periódico fue enérgica para asumir un rol de fiscalización de la posición de distancia que la autoridad debía asumir respecto de todo acto de adhesión hacia el independentismo cubano, en total consonancia con la labor desempeñada por la representación diplomática española en Santiago. Dentro de ese marco, un hecho insoslayable fue su vinculación con el paradigma político y cultural propio de ciertos sectores de la elite, cuyos medios de prensa se concentraban preferentemente en los asuntos propios del debate interno e hicieron que este medio fuera el principal exponente de la estrategia de aislamiento hacia el movimiento social de solidaridad con Cuba organizado en el Chile de la época.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

a) Periódicos y revistas

El Americano, Santiago, 1895-1896.

El Ferrocarril, Santiago, 1895-1896.

La Ley, Santiago, 1895-1896.

El Mercurio, Valparaíso, 1895-1896.

El Noticiero Español, Santiago, 1895-1896.

Fuentes secundarias

a) Artículos y capítulos de libros

Armas de, R. (1984). “El apoyo chileno a la Revolución Cubana de 1895”, en *Araucaria de Chile*, N° 25, pp. 147-168.

Bernand, C. (2018). “El reto de las historias conectadas”, en *Historia Crítica*, N° 70, pp. 3-22. DOI: <https://doi.org/10.7440/histcrit70.2018.01>.

Coelho, M. (2012). “América Latina: historia comparada, historias conectadas, historia transnacional”, en *Anuario Digital de la Escuela de Historia* (UNR), N° 24, pp. 1-14. Recuperado de:

<https://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/3719/201-807-1-PB.pdf?sequence=1&isAllowed=y>, revisado el 25-I-2022.

- Gallegos, C. (2020). “La Revolución cubana de 1895. El aporte de los viajes de Arístides Agüero a Perú, Chile y Bolivia”, en *Revista Páginas* (UNR), N° 28, pp. 1-17. Recuperado de: <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>, revisado el 02-II-2022.
- Grez, S. (2000). “Transición en las formas de lucha: motines peónales y huelgas obreras en Chile” (1891-1907), en *Historia*, N° 33, pp. 141-225. DOI: <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-7194200003300004>.
- Guerra, S. (1993). “La Revolución Independentista de Cuba y la Guerra de 1898 desde la perspectiva de América Latina”, en *Contrastes Revista de Historia*, N°s 7-8, pp. 1-17. Recuperado de: <https://revistas.um.es/contrastes/article/view/85191>, revisado el 11-I-2022.
- López, R. (2015). “La solidaridad chilena con la primera guerra de independencia de Cuba: sus tensiones y contradicciones”, en *Revista de Historia y Geografía*, Universidad Católica Silva Henríquez, N° 32, pp. 53-76.
- López, R. (2017). “Una solidaridad conflictiva: Chile ante la segunda guerra de independencia de Cuba (1895-1898)”, en *Palimpsesto*, Vol. VIII, N° 11, pp. 130-145. Recuperado de: <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/palimpsesto/article/view/2819/2560>, revisado el 21-I-2022.
- Peyrou F. y D. Martykánová (2014). “Presentación dossier la historia transnacional”, en *Revista Ayer*, N°94, pp. 13-22. Recuperado de: <https://revistaayer.com/anteriores/131>, revisado el 07-II-2022.
- Pozo, J. (1998). “Relaciones chileno-cubanas (1848-1900)”, en *Boletín de Historia y Geografía*, Universidad Católica Blas Cañas, N°14, pp. 343-356.
- Vega, M. (2021). “La santa causa de la Antilla hermosa encuentra en Chile un entusiasmo ardiente. La solidaridad al independentismo cubano durante 1895”, en *Revista de Historia y Geografía*, Universidad Católica Silva Henríquez, N°44, pp. 43-66. Recuperado de: <http://ediciones.ucsh.cl/index.php/RHyG/article/view/2872/2231>, revisado el 28-I-2022.

b) Libros

- Appelbaum, N., A. S. Macpherson y K. A. Roseblatt (2003). *Race and Nation in Modern Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Bethell, L. (Ed.) (1992). *Historia de América Latina*, Vol. 9. Barcelona: Editorial Crítica.
- Castedo, L. (1999). *Chile: vida y muerte de la república parlamentaria*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Garcés, M. (2003). *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago: Lom Ediciones.
- Navarro, L. (1992). *La Independencia de Cuba*. Madrid: Editorial Mapfre.
- Subercaseaux, B. (1994). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Tomo II, Santiago: Editorial Universitaria.
- Zanatta, L. (2012). *Historia de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores.
- Zanetti, O. (2013). *Historia mínima de Cuba*. Madrid: El Colegio de México-Turner Publicaciones.